

El alegre y “con-fiado” café del Santos

Antonio Parra

Revista *Postdata* (*Sin fechar)

Antonio Hernández, o simplemente Antonio, comenzó a trabajar en el Santos a finales del año 49 y permaneció hasta el 82, cuando ya el café no era lo que había sido y había perdido buena parte de su clientela anterior y, también, buena parte de sus metros cuadrados. Antonio, que ahora va a cumplir 55 años, entró a trabajar a los 17. Ha sido mucho, por tanto, el tiempo durante el que ha servido (y fiado) el café a la intelectualidad murciana de aquellos años, fundamentalmente a una intelectualidad un tanto al margen de la oficialidad reinante, aunque de todo hubo en la viña de Señor. Por la tertulia pasó gente tan dispar en lo ideológico como José María y Pedro Farias, Julio Soto, Miguel Espinosa; Francisco Guerrero, Andrés Salom, Sánchez Bautista (aunque éste esporádicamente por encontrarse fuera de Murcia durante aquellos años) Ceferino Moreno, José López Martí, Julián Andúgar cuando venía por Murcia, Teresa Soubrier, Dionisio Sierra, a veces María Pilar López, Antonio de Hoyos y un largo etc.

Antonio el camarero, ahora instalado en su propio bar, el Pequeñeces, justo enfrente del Santos, en la misma calle, recuerda con nostalgia mientras habla y sirve cervezas a una clientela compuesta fundamentalmente por los oficinistas bancarios y funcionarios de la zona, la época dorada del Santos. *“La Edad de Oro –comenta- comenzó con los años sesenta, tras la primera reforma del café. La primera tertulia fue la de los médicos, que casi siempre es celebrada en el salón de abajo. Después llegaron los pintores, que se reunían con los sastres (cosa que debe tener su explicación por el mecenazgo pictórico de aquellos años de don Pedro Sanz) y los escritores”*. Antonio recuerda con cariño y respeto a todos y sigue empleando el don para hablar de cualquiera de ellos. Recuerda a Antonio Segado del Olmo, *“que era casi un niño, el más joven de la tertulia”* y tiene un recuerdo especialmente grato de *“don Miguel Espinosa, que escribió “Escuela de Mandarines” en un rincón del café; tardó ocho o diez años en escribirla y siempre le fiábamos el café”*. *“Sin embargo –asegura- era todo un caballero y muy buena persona. Después que publicó la novela siempre pasaba la víspera de Nochebuena y me entregaba mil pesetas. “Toma Antonio”, me decía, “a cuenta de los cafés”*. *Recuerdo que hablaba muy flojo, aunque era muy bromista”*.